

La vocación al martirio de Santa Teresita,

“¡El martirio, el sueño de mi juventud!”

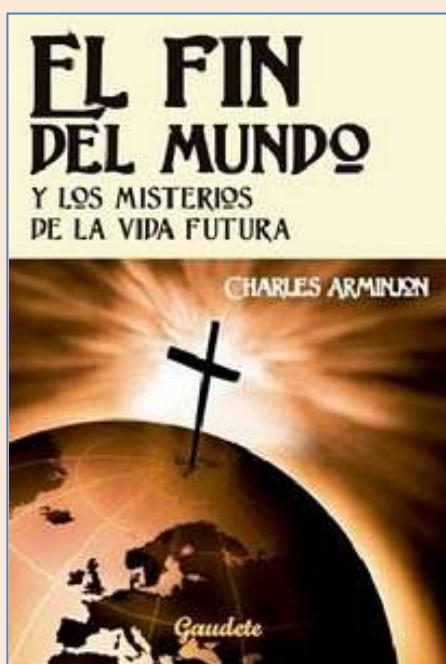


Santa Teresita del Niño Jesús anhelaba el martirio. Así lo expresa en el capítulo IX de su vida: "Ser vuestra esposa, ¡oh Jesús!, ser carmelita, ser por mi unión con Vos madre de las almas, debía bastarme... Pero yo siento en mí otras vocaciones: la de guerrero, la de sacerdote, la de apóstol, la de doctor, la de mártir... Querría llevar a cabo las obras más heroicas, me siento con el valor de un cruzado, de un zuavo pontificio. Querría morir en el campo de batalla en defensa de la Iglesia. Quisiera iluminar las almas como los profetas y los doctores... Quisiera ser misionero..." **“Pero sobretodo y por encima de todo quisiera derramar por ti hasta la última gota de mi**

sangre... ¡El martirio! ¡el sueño de mi juventud!, un sueño que ha crecido conmigo en los claustros del Carmelo... Pero siento que también este sueño mío es una locura, pues no puedo limitarme a desear una sola clase de martirio...para estar satisfecha, tendría que sufrirlos todos...

¿Cómo inspiró Jesús tan ardiente deseo de martirio a santa Teresita? Ella nos cuenta como a sus 14 años, en mayo de 1887, cayó en sus manos el libro “El fin del mundo y los misterios de la vida futura” del P. Charles Arminjon. “Este libro se lo habían prestado a papá mis queridas carmelitas; por eso, contra mi costumbre (pues yo no leía los libros de papá), le pedí permiso para leerlo. Esa lectura fue una de las mayores gracias de mi vida. La hice asomada a la ventana de mi cuarto de estudio, y la impresión que me produjo es demasiado íntima y demasiado dulce para poder contarla.”

En el libro el P. Arminjon, citando a San Agustín, en su comentario al texto de san Juan, dice que en los últimos tiempos todos los infieles, herejes, y hombres depravados se aliarán con el anticristo para perseguir a los fieles a Dios, y que esta persecución, “la más inhumana y la más sangrienta de todas las que jamás ha sufrido el cristianismo, estará exclusivamente impulsada por el odio directo a Dios y a su Ungido, y su único fin será el exterminio del reino de Dios, la aniquilación total del cristianismo y de toda religión positiva,[...]por el colosal poder y los medios prodigiosos de fuerza y de



destrucción que poseerá el Anticristo,... y por la espantosa malicia del demonio, pues dice San Juan que en aquellos días Dios le dejará salir de la prisión de llamas donde está encadenado y le dará una licencia absoluta para seducir y saciar su odio contra el género humano ... por lo que dice san Cirilo, que habrá multitud de mártires, aún más gloriosos y más admirables que los que combatieron antaño contra los leones en los anfiteatros de Roma y de las Galias”.

Este máximo martirio en la gran persecución del anticristo entusiasmó a Santa Teresita, quien años más tarde escribirá: *“Al pensar en los tormentos que serán el lote de los cristianos en tiempo del anticristo, siento que mi corazón se estremece de alegría, y quisiera que esos tormentos estuviesen reservados para mí...”* En cartas a sus hermanos espirituales, los misioneros Padres Roulland y Bellière les dice que pide a Dios que lleguen a alcanzar la palma del martirio. Dedicará también una poesía al martirio del santo misionero Teófilo Vénard, y exclama: *“ con Santa Juana de Arco, mi hermana querida, quisiera murmurar en la pira tu nombre, ¡oh Jesús!”* (Historia de un alma IX). En 1894 le escribe su poesía pidiendo su beatificación, que comienza así:

Dios vencedor, tu Iglesia, toda entera,
rendir pronto quisiera honor en los altares
a una virgen y mártir, a una niña guerrera,
cuyo nombre resuena ya en el cielo.

Para salvar a Francia, a la Francia culpable,
no desea tu Iglesia ningún conquistador,
solamente Juana puede salvar a Francia,
¡todos los héroes juntos
pesan menos que un mártir!



Teresita como Juana de Arco en representación en el Carmelo

Tuyos, ¡oh dulce mártir!, son nuestros monasterios,
tú sabes que las vírgenes hermanas tuyas son;
y sabes que el objeto de sus ruegos
es, como fue el objeto de los tuyos,
ver que en todas las almas reina Dios.

Estribillo. Salvar las almas es su deseo,
de apóstol mártir dales tu llama.

Meses después de la lectura del libro de Arminjon, en noviembre de 1887, Teresita peregrina a Roma y visita el Coliseo. Con santa envidia invoca a San Sebastián y le pide correr su misma suerte martirial, y a la mártir Cecilia le dice: *“Como tú quisiera sacrificar mi vida, darle a Jesús toda mi sangre”*. Escribe: *“ Al posar mis labios sobre el polvo purpurado con la sangre de los primeros cristianos, me palpitaba fuertemente el corazón. Pedí la gracia de*

ser también mártir por Jesús, ¡y sentí en el fondo de mi corazón que mi oración era escuchada!" (Historia de un alma, VI)

Teresita se sintió escuchada, pero no sabía cómo iba a acceder Jesús a su deseo. El día de su profesión, 8 de septiembre de 1890, en la flor de su juventud y sin previsión de enfermedad alguna, llevó sobre su pecho un billete en el que pedía a su esposo: "Jesús, que muera mártir por ti, con el martirio del corazón o con el del cuerpo, o mejor, con los dos...". Así fue.

En carta a Celina reconoce: "el martirio del corazón es el sufrimiento íntimo del alma", es su martirio por amor: "Hagamos de nuestra vida un sacrificio continuo, un martirio de amor para consolar a Jesús". Pero este su martirio del corazón que "no es menos fecundo que el derramamiento de la sangre" (carta al P. Bellière) , vino también acompañado del ofrecimiento y aceptación martirial de su sangre en las hemorragias de su enfermedad: "Sabía muy bien que tendría el consuelo de ver mi sangre derramada, puesto que muero mártir de amor" (Ultimas conversaciones, Varia 5).

Sabía que el martirio de sangre es la más perfecta identificación con Jesús, el Rey de los mártires. Viendo una estampa de Jesús crucificado, cuya mano ensangrentada salía del libro, escribe: "Quedé profundamente impresionada al ver la sangre que caía de una de sus manos... caía al suelo sin que nadie se apresurase a recogerla... resolví mantenerme en espíritu al pie de la cruz para recibir el divino rocío que goteaba de ella, comprendiendo que luego tendría que derramarlo sobre las almas" (H.A. cap. V), y pocas semanas antes de morir, repetirá: "No quiero dejar que se pierda esa sangre preciosa. Pasaré mi vida recogéndola para las almas" (Ultimas conversaciones, agosto 1897).

Teresita, que había deseado sufrir todos los suplicios infligidos a los mártires, en su última enfermedad escribe: "¡Cuando pienso que muero en la cama! Me hubiera gustado morir en la arena" (Ultimas conversaciones, Varia, 4.11), pero acepta contenta el martirio que le ha escogido Jesús: "¡Morir de amor, dulcísimo martirio, es el martirio que sufrir quisiera! (Poesía 17). Este martirio de amor lo ofrecerá un año antes de su muerte al Corazón de Jesús en el día de su fiesta, 22 de junio de 1896:

"Lo sabes bien, mi martirio,
mi único y solo martirio,
¡oh Corazón de Jesús!
es tu amor, y si suspiro
por verte pronto en el cielo,
es para amarte, que amarte
más y más cada vez quiero.
En el cielo, emborrachada
dulcemente de ternura,
yo te amaré sin medida."